

El valor del trabajo y la dignidad de la República

01/05/2026



La conmemoración del Día del Trabajador nos encuentra en una encrucijada histórica y dolorosa que golpea el corazón de nuestra comunidad en San Rafael y de toda la Argentina. Lejos de ser una jornada de celebración, se ha transformado en un espacio de profunda reflexión sobre el deterioro de la dignidad humana, la caída estrepitosa del poder adquisitivo y la fragilidad del empleo formal. Hoy no solo asistimos al desmantelamiento de las condiciones de vida de las familias, sino a la insistencia de viejas recetas que pretenden profundizar la precarización bajo la máscara de la modernización.

Resulta imperativo mirar el presente con un prisma analítico y crítico, conectando las conquistas históricas con la realidad de nuestros días. La crisis del empleo formal no es un

fenómeno meteorológico; es la consecuencia directa de un modelo económico que asfixia el entramado pyme y desprotege a quienes producen. En nuestra región, donde la economía depende fuertemente de la producción primaria y el comercio local, la caída del consumo doméstico y el rezago salarial se traducen en persianas bajas, incertidumbre y en un tejido social cada vez más delgado.

A contramano de la protección que requiere el trabajador, vuelven las denominadas reformas o «actualizaciones laborales» que, en los hechos, no suman un solo derecho ni garantizan seguridad alguna para el eslabón más débil de la cadena. Por el contrario, flexibilizar sin contrapesos institucionales o debilitar las herramientas de negociación colectiva nos devuelve a las peores épocas de la desprotección, donde el salario se convierte en la única variable de ajuste permanente. La pérdida de poder adquisitivo no es una mera estadística, es el rostro de una clase trabajadora que, a pesar de esforzarse jornadas enteras, no llega a cubrir la canasta básica.

San Rafael, con su rica tradición de trabajo, solidaridad y esfuerzo, reclama un federalismo económico y laboral que contemple su realidad productiva. El semáforo en rojo de las economías regionales es el reflejo de que, cuando se desestima el valor del trabajo y se prioriza la especulación o el rigor fiscal a costa de las personas, el desierto social está garantizado. No hay equilibrio macroeconómico posible ni «masterclass» que pueda ocultar la angustia de quien ve cómo el fruto de su esfuerzo se diluye a mitad de mes.

Recuperar el sentido de esta fecha exige dejar de naturalizar la precarización y exigir un compromiso irrenunciable con el trabajo registrado, la seguridad social y la defensa de los derechos adquiridos. La salud de nuestra República se mide, antes que nada, en la capacidad que tengamos de garantizar que quien trabaja pueda vivir con dignidad. Sin un Estado presente que proteja al trabajador y sin un tejido productivo que se

sostenga sobre bases justas, la libertad que se pregona no es más que una quimera para unos pocos y un profundo desamparo para la inmensa mayoría.